

# GREGOR

Las Tierras Bajas

EXCLUSIVA  
PRIMER CAPÍTULO

¡CUIDADO!  
LECTURA  
ADICTIVA

RBA MOLINO

SUZANNE COLLINS

RBA

# GREGOR

Las Tierras Bajas



SUZANNE COLLINS

Traducción de Isabel González-Gallarza



Parte 1



# LA CAÍDA





# CAPÍTULO 1

Gregor llevaba tanto tiempo con la cabeza apoyada en la malla del mosquitero que notaba como si tuviera impresa en la frente una multitud de cuadritos. Se tocó los bultitos con los dedos y resistió el impulso de dejar escapar el grito primitivo del hombre de las cavernas. En su pecho crecía por momentos ese largo aullido gutural reservado para las auténticas emergencias, tales como toparse desarmado con un tigre furioso, o que se apagara el fuego en plena Edad del Hielo. Llegó incluso a abrir la boca para respirar hondo, pero se contentó con golpear la cabeza contra el mosquitero con un débil quejido de frustración. «Agghh.»

¿De qué servía gritar? No cambiaría nada. Ni el calor, ni el aburrimiento, ni el interminable verano que se extendía ante él.

Pensó en despertar a Boots, su hermanita de dos años, solo para distraerse un poco, pero la dejó dormir. Por lo menos ella estaba fresquita en la habitación con aire acondicio-

nado que compartía con Lizzie, su hermana de siete años, y con su abuela. Era la única habitación con aire acondicionado del apartamento. En las noches más calurosas, Gregor y su madre extendían colchas en el suelo para dormir, pero con cinco personas en la habitación, la temperatura ya no era fresca, sino solo tibia.

Gregor sacó un cubito de hielo del congelador y se lo pasó por la cara. Miró al patio, y vio un perro vagabundo olisqueando un cubo de basura lleno hasta rebosar. El animal apoyó las patas en el borde y volcó el contenedor, esparciendo la basura por toda la acera. Gregor tuvo entonces tiempo de ver dos sombras que se alejaban corriendo a toda velocidad junto a la pared, e hizo una mueca. Ratas. Nunca terminaba de acostumbrarse a ellas.

Exceptuando las ratas, el patio estaba desierto. Normalmente se encontraba lleno de niños jugando a la pelota, saltando a la cuerda, o columpiándose. Pero por la mañana había pasado el autobús del campamento, llevándose con él a todos los niños con edades comprendidas entre los cuatro y los catorce años. Todos menos uno.

—Lo siento, cariño, pero no puedes ir —le había dicho su madre hacía unas semanas. Y era cierto que lo sentía, Gregor lo había visto en la expresión de su rostro—. Alguien tiene que cuidar de Boots mientras yo estoy trabajando, y los dos sabemos que tu abuela ya no puede hacerlo.

Claro que lo sabía. Durante aquel último año, su abuela había estado entrando y saliendo de la realidad. En un momento estaba tan lúcida como una persona joven y, de repen-





te, se ponía a llamarlo Simon. ¿Quién era ese Simon? Gregor no tenía ni la menor idea.

Hace algunos años todo habría sido diferente. Por aquel entonces su madre solo trabajaba media jornada, y su padre, que era profesor de Ciencias en un instituto, estaba de vacaciones todo el verano. Él se habría ocupado de Boots. Pero desde que su padre había desaparecido una noche, el papel de Gregor en la familia había cambiado. Era el mayor, por lo que habían recaído sobre él muchas responsabilidades. Cuidar de sus hermanas pequeñas era una de ellas.

De modo que Gregor se había limitado a contestar: «No pasa nada, mamá, de todas maneras, el campamento es para niños pequeños». Se había encogido de hombros para hacer ver que, a sus once años, el campamento ya no le interesaba nada. Pero solo había conseguido que su madre se entristeciera más.

«¿Quieres que se quede Lizzie en casa contigo? ¿Para que te haga un poco de compañía?», le había preguntado.

Al oír esto, una expresión de pánico había cruzado el semblante de Lizzie. Probablemente se habría echado a llorar si Gregor no hubiera rechazado la idea. «No, deja que se vaya. Será divertido quedarme con Boots.»

De modo que ahí estaba. No era divertido. No era divertido pasarse todo el verano encerrado con una niña de dos años y una abuela que pensaba que era alguien llamado...

—¡Simon! —oyó a su abuela llamar desde el dormitorio. Gregor sacudió la cabeza, pero no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Ya voy, abuela! —contestó, metiéndose en la boca lo que quedaba del cubito de hielo.

Un resplandor dorado invadía la habitación mientras los rayos del sol pugnaban por abrirse paso a través de las persianas. Su abuela estaba tumbada en la cama, cubierta con una fina colcha de retales de algodón. Cada retal provenía de algún vestido que la abuela se había ido haciendo a lo largo de los años. En sus momentos de mayor lucidez, repasaba los retales con Gregor.

—Este de lunarcitos lo llevé en la graduación de mi prima Lucy, cuando yo tenía once años; este amarillo limón era de un vestido de fiesta, y este blanco es de mi vestido de novia, no te miento.

Este, sin embargo, no era un momento de lucidez.

—Simon —dijo, y su rostro mostró una expresión de alivio al verlo—. Pensé que se te había olvidado la tartera. Te entrará hambre después de arar la tierra.

Su abuela se había criado en una granja en Virginia, y había venido a Nueva York al casarse con su abuelo. Nunca se había acostumbrado del todo a la ciudad. A veces Gregor se alegraba secretamente de que, en su cabeza, la abuela pudiera regresar a su granja. Y le daba un poquito de envidia. No era nada divertido estar encerrado todo el tiempo en casa. A estas horas el autobús ya estaría llegando al campamento, y Lizzie y los demás niños estarían...

—¡*Gue-go!* —chilló una vocecita. Una cabecita rizada asomó por el borde de la cuna—. ¡*Quero salir!* —Boots se metió en la boca la punta empapada en saliva del rabo de un perrito





de peluche y extendió ambos brazos hacia él. Gregor levantó a su hermana por los aires y le hizo una sonora pedorreta en la tripa. Ella se rio, soltando el peluche. Gregor la dejó en el suelo para recogerlo.

—¡Llévate el sombrero! —le dijo su abuela, que seguía en algún lugar de Virginia.

Gregor le tomó la mano para tratar de atraer su atención.

—¿Quieres beber algo fresquito, abuela? ¿Qué tal una gaseosa?

Ella se echó a reír.

—¿Una gaseosa? ¿Qué es, mi cumpleaños?

¿Qué se podía contestar a una pregunta así?

Gregor le apretó la mano y cogió a Boots en brazos.

—Vuelvo enseguida —dijo en voz alta.

Su abuela seguía riéndose.

—¡Una gaseosa! —repitió, secándose los ojos.

En la cocina, Gregor sirvió gaseosa helada en un vaso, y le preparó a Boots un biberón de leche.

—*Fío* —dijo la niña muy contenta, pasandoselo por la cara.

—Sí, bien fresquito, Boots —le contestó Gregor.

Se sobresaltó al oír el timbre de la puerta. Hacía más de cuarenta años que la mirilla no servía para nada.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy la señora Cormacci, cielo. ¡Le dije a tu madre que me pasaría a las cuatro a hacerle compañía a tu abuela! —le respondió una voz. Entonces Gregor recordó el montón de ropa sucia que tenía que llevar a la lavandería. Era un buen pretexto para salir un rato del apartamento.



Abrió la puerta y en el umbral encontró a la señora Cormacci derretida de calor.

—¡Hola! Qué espanto, ¿verdad? ¡Con lo mal que soporto yo el calor! —Entró en casa afanosamente, enjugándose el sudor con un viejo pañuelo—. Oh, eres un amor, ¿es para mí? —dijo, y antes de que Gregor pudiera decir nada, se había bebido la gaseosa de un solo trago, como si llevara varios días perdida en el desierto sin probar una gota de agua.

—Claro —farfulló Gregor, dirigiéndose a la cocina para prepararle otra a su abuela. No le caía mal la señora Cormacci, y hoy era casi un alivio verla—. «Fantástico, no es más que el primer día y ya me emociono con la idea de ir a la lavandería», pensó Gregor. «Para cuando llegue septiembre, seguro que doy saltos de alegría solo porque llega el recibo del teléfono.»

La señora Cormacci le devolvió el vaso para que le sirviera otra gaseosa.

—Bueno, jovencito, ¿cuándo me vas a dejar que te eche las cartas? Ya sabes que tengo dotes adivinatorias —dijo. La señora Cormacci ponía anuncios en los buzones ofreciéndose para leer las cartas del tarot por diez dólares. «A ti no te cobro nada», solía decirle a Gregor. Este nunca aceptaba porque tenía la sospecha de que la señora Cormacci terminaría haciendo muchas más preguntas que él. Preguntas a las que no podía contestar. Preguntas sobre su padre.

Farfulló algo sobre que tenía que ir a la lavandería y se fue corriendo a buscar la ropa sucia. Conociendo a la señora Cormacci, probablemente tendría una baraja de cartas en el bolsillo.



Abajo, en la lavandería, Gregor separó la ropa lo mejor que supo, en tres montoncitos distintos: uno para la ropa blanca, otro para la de color y otro para la oscura... ¿Qué se suponía que tenía que hacer con los pantaloncitos a rayas blancas y negras de Boots? Los colocó en el montón de la ropa oscura, con la certeza de que era un error.



De todas maneras la mayor parte de su ropa tenía un colorcillo como tirando a gris, de puro vieja, no porque hubiera desteñido al lavarla. Los pantalones cortos de Gregor no eran más que sus viejos pantalones de invierno, cortados a la altura de las rodillas, y solo tenía unas cuantas camisetas del año pasado que no se le hubieran quedado pequeñas ya. ¿Pero qué más daba, si total se iba a quedar encerrado en casa todo el verano?

—¡Pelota! —gritó Boots angustiada—. ¡Pelota!

Gregor extendió el brazo entre las secadoras y sacó la vieja pelota de tenis con la que Boots estaba jugando. La sacudió para desprender las pelusas que se le habían quedado pegadas y se la lanzó a su hermana. Boots corrió como un perrito detrás de ella.

«Vaya pinta que llevas», pensó Gregor con una risita. «¡Menudo desastre estás hecha!» Los restos del almuerzo —ensalada de huevo duro y natillas de chocolate— se veían con toda claridad en la carita y la camiseta de la niña. Tenía las manitas pintadas de rotulador violeta, y Gregor pensó que esas manchas no saldrían ni con amoníaco. El pañal le colgaba casi hasta las rodillas. Hacía demasiado calor para ponerle un pantalón corto.

Boots volvió corriendo hacia él blandiendo la pelota, con los rizos llenos de pelusas. Su carita sudorosa lucía una sonrisa de oreja a oreja mientras se la ofrecía a Gregor.

—¿Por qué estás tan contenta, Boots? —le preguntó.

—¡Pelota! —contestó, y luego chocó a propósito su cabeza contra la rodilla de Gregor, para que espabilara. Gregor le lanzó la pelota por el pasillo, entre las lavadoras y las secadoras, y Boots salió corriendo tras ella.

Mientras proseguía el juego, Gregor trató de recordar la última vez que se había sentido tan feliz como Boots ahora con su pelota. Había habido momentos bastante buenos en los últimos dos años. La banda de música de la escuela pública había tocado en el Carnegie Hall. Eso había estado genial. Gregor incluso había tocado un solo con su saxofón. Las cosas siempre se veían mejor cuando tocaba; las notas de música parecían llevarlo a un mundo totalmente distinto.

El atletismo también estaba bien. A Gregor le gustaba correr por la pista, esforzar su cuerpo al máximo, hasta expulsar todo pensamiento de su mente.

Pero si era sincero consigo mismo, Gregor sabía que hacía años que no había conocido la verdadera felicidad. Exactamente dos años, siete meses y trece días, pensó. No necesitaba pararse a contar, los números aparecieron automáticamente en su cabeza. Tenía una calculadora interna que siempre sabía exactamente cuánto tiempo hacía que había desaparecido su padre.

Claro que Boots podía sentirse feliz, ella entonces ni si-



quiera había nacido, y Lizzie tenía solo cuatro años. Pero Gregor tenía ocho, y no se había perdido un solo detalle de cuanto había sucedido; como por ejemplo las llamadas desesperadas a la policía, que había reaccionado casi con aburrimiento al hecho de que su padre se hubiera evaporado sin dejar rastro. Era obvio que pensaban que se había largado. Incluso habían dado a entender que había sido con otra mujer.



Pero eso no podía ser cierto. Si había algo de lo que Gregor estaba seguro, era de que su padre quería a su madre, que los quería a él y a Lizzie, y que habría querido también a Boots.

Pero entonces... ¿cómo podía haberlos abandonado así, sin una sola palabra?

Gregor no podía creer que su padre fuera capaz de dejar tirada a su familia sin mirar atrás.

—Acéptalo —dijo en voz queda—. Está muerto. —Una oleada de dolor lo recorrió de arriba abajo. No era cierto. No podía ser cierto. Su padre iba a regresar porque... porque... ¿porque qué? ¿Porque lo deseaba tanto que tenía que ser verdad? ¿Porque lo necesitaban?—.

«No», pensó Gregor. «Es porque lo presiento. Sé que va a regresar.»

El ciclo de lavado llegó a su fin, y Gregor apiló toda la ropa en un par de secadoras.

—¡Y cuando vuelva, será mejor que tenga una buena explicación para justificar dónde ha estado todo este tiempo! —rezongó Gregor cerrando con fuerza la puerta de la secadora—. Como por ejemplo que se dio un golpe en la cabeza y

olvidó quién era. O que lo secuestraron unos extraterrestres. —En la tele salía mucha gente que decía que había sido secuestrada por extraterrestres. A lo mejor podía ocurrir de verdad.

En su cabeza solía barajar distintas posibilidades, pero en casa raramente hablaban de su padre. Había un acuerdo tácito de que iba a regresar. Todos los vecinos pensaban que se había largado sin más. Los adultos nunca mencionaban a su padre, ni tampoco la mayoría de los niños; de todas maneras, cerca de la mitad de ellos tampoco tenía padre. Pero los desconocidos sí que preguntaban a veces. Tras cerca de un año de tratar de explicar lo que había pasado, Gregor se inventó la historia de que sus padres estaban divorciados y su padre vivía en California. Era mentira, pero la gente se lo creía, mientras que nadie parecía dispuesto a creerse la verdad, fuera cual fuera.

—Y cuando vuelva a casa me acompañará a... —empezó a decir Gregor en voz alta, y luego se detuvo. Estaba a punto de romper la norma. La norma consistía en que no podía pensar en cosas que ocurrirían cuando volviera su padre. Y como su padre podía volver en cualquier momento, Gregor no se permitía a sí mismo pensar en absoluto en el futuro. Tenía la extraña sensación de que si imaginaba acontecimientos concretos, como tener a su padre de vuelta en casa la próxima Navidad, o que ayudara a entrenar al equipo de atletismo, nunca sucederían. Además, por muy feliz que se sintiera mientras soñaba despierto, la vuelta a la realidad resultaba siempre más dolorosa. De modo que esa era la norma.



Gregor tenía que mantener su mente en el presente, y olvidarse del futuro. Era consciente de que su sistema no era muy bueno, pero era la mejor manera que había encontrado para ir tirando.

Gregor se dio cuenta entonces de que Boots llevaba un tiempo sospechosamente callada. Miró a su alrededor y se asustó al no encontrarla inmediatamente. Entonces descubrió una sandalia rosa que sobresalía de la boca de la última secadora.

—¡Boots! ¡Sal de ahí! —gritó Gregor.

Había que vigilarla cuando había aparatos eléctricos cerca. Le encantaban los enchufes.

Mientras atravesaba corriendo la lavandería, Gregor oyó un sonido metálico y luego una risita de Boots. «Genial, ahora está destrozando la secadora», pensó, apretando el paso. Cuando llegó al otro extremo de la habitación, se encontró cara a cara con una extraña escena.

La rejilla metálica que cerraba un viejo conducto de aire y que estaba fijada al marco por dos goznes oxidados se encontraba ahora abierta de par en par. Boots miraba por el agujero, de unos sesenta centímetros cuadrados, que se abría en la pared del edificio. Desde donde se encontraba, Gregor solo veía oscuridad. Después vio una voluta de... ¿qué era aquello? ¿Vapor? ¿Humo? No parecía ni una cosa ni la otra. Un extraño vaho salía del agujero, formando espirales alrededor de Boots. Esta estiró los brazos con curiosidad y se inclinó hacia delante.

—¡No! —gritó Gregor lanzándose hacia ella, pero el con-



ducto de aire pareció aspirar el cuerpecito de Boots. Sin pararse a pensar, Gregor metió la cabeza y los hombros en el agujero. La rejilla metálica se cerró de repente, golpeándole la espalda. Cuando quiso darse cuenta, estaba cayendo al vacío.



# CAPÍTULO 2



Gregor giró en el aire, tratando de colocar su cuerpo de manera que no cayera encima de Boots cuando chocaran contra el suelo del sótano, pero el impacto no llegó. Entonces recordó que la lavandería estaba en el sótano. ¿Adónde llevaba pues el agujero por el que habían caído?

Las volutas de vaho se habían convertido en una densa neblina que generaba una tenue luz. Gregor solo alcanzaba a ver cerca de un metro en cada dirección. Sus dedos pugnaban desesperadamente por aferrar la niebla blanquecina, tratando de encontrar algún asidero, pero en vano. Estaba cayendo en picado a tanta velocidad que su ropa se inflaba como un globo alrededor del cuerpo.

—¡Boots! —gritó. La voz retumbó con un eco sobrecogedor. Así que pensó que el agujero debía de tener paredes. Volvió a llamar—: ¡Boots!

Oyó una risita alegre unos metros más abajo.

—¡*Gue-go*, yupiiii! —exclamó Boots.



«Se debe de creer que está en un gran tobogán, o algo así», pensó Gregor. «Bueno, por lo menos no tiene miedo.» Él sí tenía, y mucho. Fuera lo que fuera este extraño agujero por el que habían caído, tenía que tener fondo. Esa caída en picado por el espacio solo podía terminar de una manera.

El tiempo pasaba. Gregor no sabía exactamente cuánto, pero mucho más de lo normal. La profundidad de un agujero tenía que tener un límite a la fuerza. Llegado un momento, uno tenía que toparse con agua, o con rocas, o con las placas terrestres, o algo.

Era como esa pesadilla recurrente suya. Soñaba que estaba en un lugar alto, donde se suponía que no debía estar, como el tejado de su colegio. Mientras caminaba por el borde, la materia sólida bajo sus pies se derrumbaba de repente, y él caía. Todo desaparecía salvo la sensación de estar cayendo al vacío, de que el suelo se acercaba cada vez más, y un terror inmenso lo invadía. Entonces, justo en el momento del impacto, se despertaba sobresaltado, empapado en sudor, con el corazón acelerado.



«¡Un sueño! ¡Me he quedado dormido en la lavandería y esta es la pesadilla de siempre!», pensó Gregor. ¡Claro! ¿Qué otra cosa podía ser si no?

Tranquilizado por la idea de que estaba dormido, Gregor empezó a calcular el tiempo de su caída. No tenía reloj, pero cualquiera podía contar segundos.

—Uno... dos... tres... —Cuando llegó a setenta dejó de contar y volvió a sentir que el pánico se apoderaba de él. Incluso en un sueño uno tenía que aterrizar en algún momento, ¿no?

Justo entonces Gregor se percató de que la neblina se disipaba ligeramente. Pudo entonces vislumbrar las superficies lisas y oscuras de una pared circular. Al parecer, estaban cayendo por un amplio tubo oscuro. Notó una corriente ascendente que se elevaba por debajo de él. Las últimas volutas de vaho se desvanecieron, y Gregor fue perdiendo velocidad. Su ropa se desinfló.

Por debajo de él oyó un pequeño golpe, y luego el suave tamborileo de las sandalias de Boots. Unos segundos después, sus propios pies tocaron tierra firme. Trató de orientarse, sin atreverse a avanzar en ninguna dirección. Estaba sumido en la más completa oscuridad. Cuando sus ojos se fueron acostumbrando al lugar, distinguió a su izquierda un tenue rayo de luz.

Detrás de este se oyó un alegre chillido.

—¡Un bicho! ¡Un *bichadaco gande!*

Gregor corrió hacia la luz que se colaba por una estrecha grieta entre dos paredes rocosas muy lisas. Consiguió a duras penas escurrirse por la abertura. Su zapatilla tropezó con algo, haciéndole perder el equilibrio, y fue a dar de bruces contra el suelo.

Cuando levantó la cabeza, Gregor se encontró cara a cara con la cucaracha más grande que había visto en su vida.

En el edificio donde vivía había insectos bastante grandes. La señora Cormacci aseguraba haber visto uno tan grande como su mano, que había subido por el desagüe de la bañera, y de hecho nadie lo ponía en duda. Pero la criatura que tenía Gregor delante medía por lo menos un metro



y medio de altura, y eso que estaba sentada sobre las patas traseras, una postura muy extraña para una cucaracha, por cierto...

—¡Un bicho *gande!* —volvió a exclamar Boots, y Gregor consiguió cerrar la boca. Se irguió sobre las rodillas, pero con todo tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para ver entera a la cucaracha. Esta llevaba una especie de antorcha. Boots correteó hacia Gregor y le tiró del cuello de la camisa.

—¡Un *bichadaco gande!* —insistió.

—Sí, ya lo veo, Boots. ¡Un insecto grande! —dijo Gregor en voz baja, rodeándola muy fuerte con los brazos—. Un insecto... muy... grande.

Se esforzó por recordar qué comían las cucarachas. Basura, comida podrida... ¿gente? No, no le parecía que comieran gente. Por lo menos, no las cucarachas pequeñas. A lo mejor sí que pretendían comerse a las personas, pero estas siempre se las apañaban para pisarlas antes de que les diera tiempo a intentarlo. Fuera como fuere, este no era el mejor momento de averiguarlo.



Tratando de aparentar naturalidad, Gregor fue retrocediendo despacio hacia la grieta.

—Bueno, señor insecto, nosotros ya nos íbamos, no se mosquee, digo no se moleste, digo...

—¿Huele qué, tan bien, huele qué? —siseó una voz, y Gregor tardó un minuto entero en darse cuenta de que provenía de la cucaracha. Estaba demasiado estupefacto como para acertar a comprender lo que había dicho.

—Eh... ¿qué, perdón? —consiguió articular.

—¿Huele qué, tan bien, huele qué? —volvió a sisear la voz, pero el tono no era amenazador. Tan solo curioso, y tal vez un poco ilusionado—. ¿Eres pequeño humano, eres?

«Vale, muy bien, estoy hablando con una cucaracha gigante», pensó Gregor. «Sé amable y simpático, y contesta al insecto. Quiere saber “¿huele qué, tan bien, huele qué?”, así que díselo.» Con gran esfuerzo, Gregor inspiró una gran bocanada de aire por la nariz, y al segundo se arrepintió de haberlo hecho. Solo había una cosa que oliera de esa manera.

—¡Teno caca! —contestó oportunamente Boots—. ¡Teno caca, Gue-go!

—Mi hermana necesita un pañal limpio —dijo Gregor, un poquito avergonzado.

Le pareció que su respuesta impresionaba ligeramente a la cucaracha.

—Ah. ¿Ir más cerca podemos, más cerca, podemos? —preguntó la cucaracha, barriendo el suelo delicadamente con una de sus patas.

—¿Quiénes? —preguntó Gregor. Entonces, a su alrededor, vio que otras siluetas emergían de la oscuridad. Los montículos negros y lisos que había tomado por rocas eran en realidad los lomos de cerca de una docena de enormes cucarachas. Estas se arremolinaron entusiasmadas alrededor de Boots, agitando al aire sus antenas, y estremeciéndose de placer.

Boots, que adoraba cualquier tipo de piropo, supo instintivamente que la estaban admirando. Extendió sus bracitos regordetes hacia los enormes insectos.



—*Teno* caca —les dijo con un aire enternecedor. Las cucarachas emitieron un siseo apreciativo.

—¿Es ella princesa, Tierras Altas, es ella? ¿Es ella reina, es ella? —preguntó el que parecía el jefe, postrando la cabeza en un gesto de devoción absoluta.

—¿Boots? ¿Una reina? —preguntó Gregor. De pronto no pudo evitar soltar una carcajada.

Su risa pareció desconcertar a las cucarachas, que se echaron para atrás, algo tensas.

—¿Ríes por qué, Tierras Altas, ríes por qué? —siseó una de ellas, y Gregor comprendió que las había ofendido.

—Pues porque... porque somos pobres, y ella... ella es un poquito desastre y... ¿cómo me estás llamando? ¿Tierras Altas? —concluyó con aire poco convincente.

—¿No eres humano de Tierras Altas, no eres? De Tierras Bajas no eres, no eres —dijo la cucaracha que llevaba la antorcha, mirándolo de cerca—. Aspecto tienes, pero olor no tienes.

Y entonces pareció que el jefe de los insectos caía en la cuenta de algo.

—Rata mala. —Se volvió hacia sus compañeros—. ¿Dejamos aquí a Tierras Altas, dejamos? —Las cucarachas se congregaron para deliberar y se pusieron a hablar todas a un tiempo.

Gregor oía retazos de conversación, pero no lograba entender nada. Estaban tan enfrascadas en su discusión que pensó en tratar de escapar otra vez. Miró a su alrededor. A la tenue luz de la antorcha, le pareció ver que se encontraban en



un túnel largo y llano. «Para volver tenemos que avanzar hacia arriba, no hacia los lados», pensó. Con Boots en brazos nunca podría escalar las paredes del agujero por el que habían caído.

Las cucarachas tomaron una decisión.

—Venid, Tierras Altas, venid. Vamos con humanos —dijo el cabecilla.

—¿Humanos? —preguntó Gregor aliviado—. ¿Hay otros seres humanos aquí abajo?

—¿Montáis, Tierras Altas, montáis? ¿Corréis, Tierras Altas, corréis? —preguntó la cucaracha, y Gregor entendió que se estaba ofreciendo a llevarlo a cuestas. No parecía lo suficientemente robusta como para aguantar su peso, aunque Gregor sabía que algunos insectos, como por ejemplo las hormigas, podían soportar varias veces su propio peso. Durante un segundo cruzó por su mente una horrible imagen en la que se veía a sí mismo tratando de subirse a lomos de la cucaracha, y aplastándola bajo su peso.

—Creo que mejor iré caminando. Bueno, quiero decir corriendo —contestó Gregor.

—¿Monta, la princesa, monta? —preguntó la cucaracha con aire esperanzado, agitando obsequiosamente las antenas y post-trándose ante Boots. Gregor iba a decir que no pero, sin pensárselo dos veces, la pequeña se subió a lomos del insecto. Debería habérselo imaginado. A Boots le encantaba sentarse sobre las gigantescas tortugas metálicas del zoo de Central Park.

—Vale, pero me tiene que dar la mano —exigió Gregor, y Boots se agarró obedientemente de su dedo.



La cucaracha se puso en camino inmediatamente, y Gregor tuvo que correr para no quedarse atrás. Sabía que las cucarachas se movían deprisa; había visto a su madre matar a muchas. Aparentemente, estas cucarachas gigantes habían mantenido una velocidad proporcional a su tamaño. Por fortuna, el suelo del túnel era llano, y Gregor había concluido su entrenamiento de atletismo hacía tan solo unas semanas. Acompasó su paso al de las cucarachas y pronto encontró un ritmo que le resultaba cómodo.

El túnel empezó a describir curvas y más curvas. Las cucarachas tomaban por caminos laterales, y a veces incluso volvían sobre sus pasos para escoger una nueva ruta. Tras unos minutos, Gregor estaba totalmente perdido, y la imagen mental del camino que había ido formando en su cabeza se parecía a los dibujos llenos de garabatos sin sentido que hacía Boots. Renunció a tratar de recordar el recorrido y se concentró en mantener el ritmo de los insectos. «Vaya», pensó, «¡estos animalitos corren que se las pelan!».



Gregor empezó a jadear, pero las cucarachas no mostraban signos visibles de cansancio. No tenía ni idea de lo lejos que podía quedar su destino, lo mismo estaba a cientos de kilómetros. A saber cuánto aguantaban corriendo estos insectos.

Justo cuando estaba a punto de decirles que necesitaba descansar, Gregor percibió un sonido que le resultó familiar. Al principio pensó que era imposible, pero conforme se fueron aproximando, sus dudas se despejaron. Era el clamor de una multitud, y a juzgar por la intensidad, debía de ser muy

grande. ¿Pero dónde había espacio para una multitud en esos túneles?

El suelo empezó a describir una abrupta pendiente, y Gregor tuvo que frenar para no pisar a la cucaracha que iba en cabeza. Algo suave y ligero le rozó la cara y los brazos. ¿Una tela? ¿Alas? Lo atravesó, y de repente una luz inesperada lo cegó. Instintivamente se llevó la mano a los ojos para protegerlos hasta que se acostumbraran a la repentina claridad.

Una muchedumbre dejó escapar un suspiro de sorpresa. Había acertado en lo de la multitud. Después reinó un silencio sobrecogedor, y Gregor se sintió observado por innumerables ojos.

Empezó a comprender dónde se encontraba. En realidad no era tanta la claridad. De hecho, era más bien una luz como la del atardecer, pero Gregor llevaba tanto tiempo sumido en la oscuridad, que por contraste le pareció muy intensa. Lo primero que distinguió fue el suelo, que parecía cubierto de un musgo verde oscuro, pero no irregular, sino liso como un pavimento. Lo sentía mullido bajo sus pies. «Es un campo», pensó. «Para algún tipo de deporte. Por eso hay una multitud. Estoy en un estadio.»

Y gradualmente apareció ante sus ojos una pared muy lisa, de unos quince metros de altura, que rodeaba una amplia cueva ovalada. Toda la parte superior de la pared estaba ocupada por tribunas. Gregor recorrió con la mirada las filas lejanas de espectadores, esperando ver el techo del estadio. En su lugar, sus ojos se toparon con los atletas.

Una docena de murciélagos describía lentas espirales alre-





dedor del campo. El color de su manto iba del amarillo pálido hasta el negro más oscuro. Gregor calculó que el más pequeño tendría una envergadura de ala de unos cuatro metros y medio. La multitud debía de haber estado contemplándolos en el momento en que ellos irrumpieron en el estadio, porque el resto del campo estaba vacío. «Quizá hacen como los romanos, y dan de comer humanos a los murciélagos. Quizá sea ese el motivo de que nos hayan traído aquí las cucarachas», pensó.

Algo cayó de uno de los murciélagos. Golpeó el suelo en el centro del estadio, y rebotó, elevándose cuatro metros en el aire. Gregor pensó: «Anda, pero si es una...».

—¡Pelota! —exclamó Boots, y antes de que Gregor pudiera detenerla, se bajó de la cucaracha, esquivó los cuerpos de los demás insectos, y echó a correr por la superficie de musgo, con sus torpes pasitos de bebé.

—Qué elegante, la princesa, qué elegante —siseó embelesada una cucaracha mientras Gregor se lanzaba tras su hermana. Los insectos se habían echado a un lado gustosos para dejar pasar a Boots, pero ahora se erguían ante Gregor como en una carrera de obstáculos. Una de dos, o trataban de frenarlo intencionadamente, o estaban tan cautivados por la belleza de Boots que se habían olvidado por completo de él.

La pelota botó en el suelo por segunda vez y volvió a elevarse por los aires. Boots corrió tras ella, con los bracitos extendidos por encima de su cabeza, siguiendo su trayectoria.

Cuando Gregor logró zafarse de las cucarachas y echó a correr tras su hermana, una sombra pasó por encima de él.



Al levantar la mirada vio horrorizado que un murciélago dorado se lanzaba en picado sobre Boots. Gregor no podría alcanzarla a tiempo.

—¡Boots! —gritó, sintiendo que se le contraía el estómago.

Su hermana se dio la vuelta hacia él y vio entonces el murciélago. Se le iluminó por completo el rostro y gritó, señalando...

—*¡Murciélago!*

«¡Caray!», pensó Gregor. «¿Es que a esta niña no le da miedo nada?»

El murciélago descendió en picado sobre Boots, rozando delicadamente con su cuerpo el índice extendido de la niña, y luego volvió a elevarse en el cielo describiendo una pirueta. En el punto más alto de su trayectoria, el murciélago, que estaba volando cabeza abajo, extendió el cuerpo por completo. Gregor pudo ver entonces por vez primera que había alguien montado encima. El jinete rodeaba con sus piernas el cuello del animal. Gregor descubrió entonces que se trataba de una chica.

La muchacha aflojó la presión de las piernas y abandonó su montura. Ejecutó un perfecto doble salto mortal hacia atrás, girando su cuerpo en el último momento para colocarse frente a Gregor, y aterrizó sobre el suelo con la misma delicadeza que un felino, justo delante de Boots. Extendió una mano, sobre la que fue a caer la pelota, en lo que a Gregor le pareció una auténtica proeza de sincronización, o la más pura chiripa.

Contempló el rostro de la chica. La expresión arrogante que vio reflejada en él le hizo comprender que las acrobacias anteriores no eran, en absoluto, cuestión de suerte.



EXCLUSIVA  
PRIMER CAPÍTULO

¡CUIDADO!  
LECTURA  
ADICTIVA

RBA MOLINO

Cuando Gregor sigue a su hermanita por el hueco de una rejilla, se introduce en las oscuras Tierras Bajas. Allí, los seres humanos conviven con arañas, murciélagos, cucarachas y ratas gigantes... Gregor no quiere meterse en conflictos con estas criaturas, pero cuando descubre que una extraña profecía le augura un papel protagonista en el incierto futuro de esas tierras, se da cuenta de que quizá sea el único modo de resolver el mayor misterio de su vida.

El primer libro de *Gregor* marcó la aparición en el panorama literario de Suzanne Collins, autora de la aclamada trilogía *Los Juegos del Hambre*. Gregor es un personaje que ningún joven lector olvidará jamás.



9 788427 200869

[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

RBA MOLINO